

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

HISTORIA DE LOS DOS VOLCANES

CORAZON DE LUMBRE
Y
ALMA DE NIEVE



MAUCCI H^{OS} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

HISTORIA DE LOS DOS VOLCANES

Corazón de Lumbre y Alma de Nieve

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1
1900



Historia de los dos Volcanes



Niño que habitas en la Capital de la República Mexicana, en esa que fué en un tiempo la opulenta «Tenochtitlán» donde existían los grandes alcázares de los reyes «aztecas,» hoy la Ciudad de los Palacios, situada en el fondo del Valle de México, niño lector, habrás visto en las mañanas, allá hacia el Oriente, dibujarse soberbiamente en el horizonte azul dos gigantescas cimas blanquísimas que son coronas de nieve. Cuando el sol

se pone en el opuesto rumbo, aquellas coronas parecen de oro... En las noches tranquilas, á la luz de la luna, son de plata... A veces son tan preciosas y brillan tanto que parecen hechas de diamante...

Son las coronas de los reyes, de los volcanes de México... del gran rey gigante que arroja humo y de la reina gigante, su esposa, la durmiente blanca.

Eres curioso, amigo lectorcito, y esa curiosidad acerca de las grandezas de la patria debe satisfacerse, porque al mismo tiempo que ocasiona placer, instruye.

Así es, que te voy á contar la historia de esos enormes reyes de piedra, cuyas coronas resplandecen con majestad en el Oriente.

Esto es lo que contaban los antiguos

aztecas que habitaban hace muchos siglos en el hermoso valle.

En la época en que todavía no había hombres en el mundo y sólo los gigantes vivían en los bosques y las montañas, desnudos y horrorosos y peleándose constantemente unos contra otros por quitarse el pedazo de carne que arrancaban á los animales de los campos, en aquel tiempo, mi buen lectorcito, no había ciudades, ni caminos, ¡vaya, ni casas!

Eran unos gigantes bárbaros que andaban trás de los animales pequeños para comérselos, y huían de los animales grandes que cuando alcanzaban á los desnudos gigantes los devoraban,.. En aquel tiempo todo era guerra; vivían peleando aquellos hombrones arrojándose montañas enteras y golpeándose con manojos de árboles tan gruesos y terribles

como el más grande de los ahuehuetes de nuestro hermoso bosque de Chapultepec.

No tenían reyes, no eran buenos, ni veneraban al gran Dios que tan bello hizo el mundo... ¡Peores que tigres y leones eran aquellos gigantes horrorosos!

Hasta que por fin sucedió que un día vino á aquellos lugares de los gigantes para contenerlos un gigantón cien mil veces más grande ¡Con decirte que las torres de las más altas catedrales del mundo serían chiquititas á su lado!... ¡Figúrate! Y era tan fuerte como un millón de millones de gigantes juntos... y tenían unos pies tan anchos como cuarenta reinos, y vestía un traje inmenso hecho de puros bosques de esmeraldas, y en la cabeza tenía una corona de oro. Se llamaba el *Señor Gigante de Piedra, Corazón de Lumbre*.



Apenas llegó á aquellas regiones de los desnudos bárbaros que vivían peleando siempre, todos se reunieron llenos de cólera, gritando:—¡Muere ese grande rey de piedra que viene á querer aplastarnos!... ¡Que muera! ¿Qué viene á hacer entre nuestros bosques encantados donde gozamos comiendo la carne humana de

nuestros enemigos... queremos carne humana... ¿Qué le importa á ese gigante de piedra que andemos peleando? ¡Que muera!

Y todos los bárbaros se reunieron y cortaron toda la leña de los cincuenta y cinco mil bosques de las montañas, y con ella quisieron quemar una noche al Rey de Piedra, Corazón de Lumbre. ¡Pero qué risa le dió!... de un puntapié arrojó muy lejos los miles de millones de árboles; pero como siempre se le quemaran los pies le acometió mucha cólera y bufando, bufando espantosamente, tan espantosamente que hizo retemblar la tierra, gritó con voz de trueno cien mil trescientos millones más tremenda que una descarga de rayos.

—¡Viles habitantes de estos campos que andáis siempre matando y que sólo entre la sangre podéis vivir, yo vengo á

deciros lo que puede el Gigante de Piedra, Corazón de Fuego!...

Luego que dijo estas formidables palabras empezó á agitarse tan horriblemente que la tierra volvió á temblar, cayeron desmayados los bárbaros... y de la boca del enorme gigante salió un chorro de fuego rojo, de vómitos de piedra hirviente que eran como ríos espantosos, cenizas y nubes de humo tantas y tan negras que parecía de noche... Los bárbaros creyeron que era el fin del mundo y echaron á correr reuniéndose como podían... y todos, corriendo, corriendo, se alejaron del lugar donde el Señor de Piedra, Corazón de Lumbre seguía vomitando fuego, lava, cenizas y maldiciones...

Ya iba el Rey de Piedra á perseguir á los que lo despreciaron; pero tantos espumarajos había arrojado que se encon-

tró débil, y apaciguado por la fatiga, en la tarde se tendió en el inmenso desierto que abarca la tercera parte del mundo y se puso á dormir hasta que vino la noche.



Mientras los bárbaros desalmados huían despavoridos, sus mujeres que eran muy buenas, porque al fin eran las madres y las esposas, rezaron al cielo para que librara á los que amaban de la cólera del Gigante de Piedra, Corazón de Lumbre...

El cielo oyó sus rezos, se compadeció de sus lágrimas, y en aquella noche hizo

que bajara, envuelta en un traje de luz de luna—plata y diamantes—una dama soberbia y blanca—gigante también pero lindísima, gigantesca y diáfana, mujer de alabastro, tan grande como el del Corazón de Lumbre...



La Gigante Mujer Blanca le dijo:
—Oye, Corazón de Lumbre, yo soy la

reina de Nieve, la Reina Blanca: te amo y el cielo ha permitido nuestras bodas... ¡Las bodas del Fuego y la Nieve!... Somos nobles, somos gigantes de piedra, hoy es la boda ¡Que vengan las músicas todas de la Naturaleza á celebrar nuestro matrimonio!



Las bodas fueron espléndidas: los señores bosques y las señoras montañas, los lagos, los ríos, los valles y las reinas de los misterios fueron á la boda y cantaron... Mientras los bárbaros huían, huían... Se le escapaban á Corazón de Lumbre.

Por fin á la mañana siguiente, cuando él se acordó de que tenía que perseguirlos, se puso furioso y seguido de su mujer blanca caminaron diez mil leguas; en la noche él encendió una inmensa antorcha que alumbraba centenares de leguas... y caminaron, caminaron...



—¡Voy á matar á los que comen carne humana!—decía él.

—¡Perdónalos, esposo y Rey mío, Corazón de Lumbre!—contestaba la Blanca Reina...

Y así siguieron hasta que la favorita de la Blanca Mujer la besó en la frente y la hizo sucumbir de fatiga...

Cuando el Rey de Piedra volvió el rostro y la vió tendida, blanca, fría, bellísima, lanzó un aullido que hizo estremecer el Valle... y dijo:

—¡Despierta, despierta, esposa mía!

Mas como ella yacía siempre tendida en alta y hermosa montaña, se detuvo él á su lado murmurando:

—¡Nunca te dejaré!... Por los siglos de los siglos permaneceré de pie velando tu sueño eterno!

Has aplacado mi cólera, tú que eres el Perdón, ¡oh Reina Blanca como la Mise-

ricordia que apagaste las iras rojas de mi Corazón de Lumbre!... Los dos reyes quedaron petrificados, amándose como buenos esposos, los dos ostentando sus coronas de oro en los crepúsculos, de plata en las noches... Así los puedes contemplar, amiguito, allá en el Oriente: son el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, ¡tan hermosos volcanes extintos! ¡tan espléndidos reyes enamorados como hace más de mil años!

El Popocatepetl es el Cerro que humea, el Ixtacihuatl, la Mujer Blanca...

Véase el cuento siguiente:

TRONCO HORRIBLE

ó

El Aguila de Sangre y la Mariposa de Luz.